

—Ahora, por fin, amigo, dijiste la palabra: ¡de buena fe! ¿crees que cabe buena fe en un campo de sectarios, blancos los unos, rojos los otros y negros los de más allá? ¿Crees que cabe buena fe entre teólogos y ateólogos, entre clericales y científicos?

—Pero esa indeterminación, ese no concluir, ese oscilar, ese imaginar sin concretar conceptos, ese...

—Sí, esa bruma.

—Tal vez.

—Pues bien, dejemos por hoy á la bruma. Me siento fatigado. Mi corazón exige reposo. De todo eso hablaremos otro día.

—Pero para concluir...

—No, no concluiremos nunca. Nunca, nunca, nunca; no lo olvides, nunca. «Never, never, never more,» como el cuervo de Edgardo Poe.



A MIS LECTORES

Sí, ya lo sé, no soy simpático á todos los que me leen; tal vez no lo soy á los más de ellos. ¡Qué le vamos á hacer!... Mientras me lean... Porque eso sí, prefiero no serles simpático y que me sigan leyendo, á no que siéndolo me dejen de leer. La simpatía se cobra muchas veces á costa de la autoridad y del respeto. Os confieso que no estimo cosa muy apetecible el hacerse un escritor simpático. Es tal vez el principio del descrédito, del hondo descrédito, que no por dorado y encubierto deja de serlo.

Sí, ya sé, que no soy simpático, que tal vez he llegado á hacerme antipático á muchos de los que me leen, y á pesar de esa antipatía ó más bien que á pesar, á causa de ella, siguen leyéndome.

Hacé poco me escribió un amigo y paisano de esa, un vasco, diciéndome que aunque muchas veces no participa de mis opiniones, me lee porque le concito ideas por reacción. Y yo me doy por muy satisfecho con esto, con susci-

tar ideas en los que me leen, aunque estas ideas sean contrarias á las que expongo y defiendo.

Pero hay muchos, muchísimos lectores, que no gustan de que se les obligue á pensar y que sólo buscan el que se les diga lo que ya saben, lo que ya han pensado. Para hacerse un escritor simpático no tiene sino halagar y corroborar los preconceptos de sus lectores, remachar en éstos los lugares comunes que llevan adheridos á la mente. Es la manera de hacerse simpático y es también la manera de que se cansen de uno pronto, y de que diciendo: «¡ah, sí, un escritor muy simpático, muy comprensivo!»... dejen de leerle.

La mayor parte de las personas, lo he dicho más de una vez, y como soy un escritor machacón — otra cualidad que me hace poco simpático — he de repetirlo aún muchas más veces: la mayor parte de las personas leen para no enterarse. Así como suena, para no enterarse. Toma el diario ó la revista el honorable Fulánez, á la hora del desayuno, y lee como quien oye tocar un valse, para matar el rato. Le molesta que le exciten, le molesta que le contradigan; pero le molesta más aun que le digan algo en que no pensó nunca.

Hay un dolor espiritual análogo al dolor físico; hay un dolor espiritual cuando se le desgarran á uno los tejidos del alma. Porque así como

el cuerpo tiene sus tejidos de células y fibras, así tiene el alma sus tejidos de impresiones, recuerdos, sensaciones, ideas. La rotura de una asociación de ideas, es como la rotura de una asociación de células corpóreas y puede producir desde una lijera molestia hasta un agudísimo dolor.

Muchas veces se ha dicho, y es cosa por todos observada, que el dolor que nos causa la muerte de una persona querida, con la que hemos convivido, se acrecienta gradualmente en los primeros días, hasta que luego va cediendo. Este dolor sigue un proceso que podríamos marcar por una curva de rápido ascenso y lento descenso. El primer efecto es de estupor, y á las veces, si nuestra persona querida sufrió mucho para morir, hasta de alivio al ver que descansó al cabo. El dolor más grande viene al encontrar vacío el lugar que ocupaba en la mesa, tal vez en el lecho, á nuestro lado.

El dolor mayor es cuando sentimos su falta, cuando sentimos el hueco que ha dejado en nuestra existencia, cuando sentimos la rotura de nuestras asociaciones de ideas y de sentimientos. La imagen de aquella persona querida estaba íntimamente entramada en el tejido espiritual de nuestra vida y no pudo arrancárnosla la muerte sin destrozarnos el tejido ese.

Todos sabemos que si uno lleva muchos años

lejos de sus padres, sin verlos, sin convivir con ellos, la pena que la noticia de la muerte le causa no es, ni con mucho, una pena dilacerante. Y es que la noticia de la muerte no es la impresión de la muerte. El hijo, un excelente hijo, por lo demás, se acomodó á otra vida, se hizo otro tejido espiritual. Bien dice el refrán: ojos que no ven, corazón que no siente.

Estas reflexiones mismas parecerán á muchos —lo sospecho— antipáticas, duras, desabridas, poco sentimentales. Pero las creo fundadas en verdad.

Después de aquel desgarrón viene el rehacerse el tejido espiritual, el formarse nuevas asociaciones de ideas. La viuda que vuelve á casarse, borra muy pronto la cicatriz espiritual que la muerte de su primer marido le causara. Y esto es así, y tiene que ser así.

Y toda rotura de asociación de ideas y de sentimientos, nos causa trastorno, que va desde el dolor por la muerte de un padre, de un marido ó de una esposa, de un hermano, de un hijo, hasta la molestia, la irritación que nos causa el que nos rompan un lugar común á que estábamos habituados. Yo, los escritores que propendemos á romper esas asociaciones—y por esto se nos llama paradójicos—molestamos y nos hacemos antipáticos. Es nuestro sino.

Y dicen que molestamos no tanto por lo que

decimos como por la manera de decirlo. Sí, es porque en vez de cortar esas asociaciones finalmente, con bisturí y cloroformizando antes al paciente ó hipnotizándole, lo hacemos á tirones y cuando está más despierto. Es cuestión de método y es cuestión de temperamento. El cloroformo, tanto el clínico como el literario, tiene sus inconvenientes, y hay ocasiones en que al paciente le hace falta el dolor. Irritar á las gentes puede llegar á ser un deber de conciencia, doloroso deber, pero deber al fin y al cabo.

Y luego hay otra cosa que me hace antipático, ya lo sé, y es mi falta de impersonalidad, lo incapaz que soy de hacer eso que llaman labor objetiva, esto de ponerme yo, más ó menos, en todos mis escritos, esto que alguien llama mi egotismo. ¡Y qué vamos á hacer!... Admiro á los que saben desprenderse de sí mismos, los admiro, pero ni los imito ni quiero imitarlos.

Yo no sé en otras partes, pero lo que es aquí, en España, ya os lo he dicho, carga el hombre. Y como yo creo que la gran batalla es por conquistar el respeto al hombre, el respeto á la individualidad, yo, por mi parte, cargo sobre la masa, cargo sobre la muchedumbre miriocéfala y anónima. ¡Qué me respeten! Así aprenderán á respetar á todo individuo, á respetarse á sí mismos como individuos.

Sí, sí, está muy bien eso de hacer un uso dis-

creto de los conocimientos, como está muy bien hacer un uso discreto de las riquezas. Pero es que ni los conocimientos ni las riquezas son nosotros mismos, sino algo pegadizo, algo que va y viene, algo que puede tomarse y dejarse. Pero de mí mismo no puedo hacer un uso discreto. Si me quitan una peseta ó un duro puedo conformarme, pero difícilmente me conformaré si me quitan un brazo y menos un pedazo del alma. Una peseta, un duro, puedo darlo discretamente, pero un brazo, un pedazo de alma, estos no puedo arrancármelos y darlo, sino apasionadamente, esto es, indiscretamente. Y yo no doy ideas, no doy conocimientos; doy pedazos del alma. Me importa menos, mucho menos las ideas que expongo que el modo de exponerlas.

† No os fijéis en la peseta que os dé, sino en el calor que lleve de mi mano.

Esas antipatías que provoco proceden, lo sé muy bien, de que, digan lo que quieran los que no ven sino la superficie, no soy un intelectual, sino un pasional. Casi todas las cosas que he dicho las han dicho cientos, miles, antes que yo; ni soy un erudito, ni soy un sabio, ni es grande la originalidad de mis ideas. ¿De dónde procede, pues, la eficacia, que, gracias á Dios, he logrado? ¿De dónde esas antipatías y esas simpatías y el que pueda decir que, gracias á Dios

también, casi nunca paso entre la indiferencia de mis lectores? Pues ello viene de la pasión: ello viene del tono.

† Sí, sí, muy bien, amigo, muy bien; muy bien lo del uso discreto de los conocimientos, muy bien lo de la disciplina, pero... Ponte, amigo, la mano sobre el corazón y ponla luego sobre el mío y después hablaremos.

Y todos contribuimos al progreso, todos, tú siguiéndolo, otros resistiéndolo. Si no hubiera más que la corriente central pronto se dormirían las aguas y se pararían. Del impulso de Rousseau, de aquel gran paradojista, de aquel gran apasionado—la paradoja es hija de la pasión—han brotado no pocas ideas contrarias de los que hoy tratan de esmerilar su memoria.

¿Y si después de todo, amigo, todo eso del progreso, y de la disciplina y de la ciencia no fuese más que una triste ilusión más? Lo importante, créeme, es la lucha, no la victoria.

Va sé que no te convenceré, porque tú debes de ser un hombre tranquilo, ecuánime, discreto, tal vez no en exceso apasionado. ¡Dios te lo conserve!

Yo tengo mi lucha y cada uno de vosotros tiene la suya. Y mi lucha no puedo asegurar que sea por el mejoramiento de la humanidad. ¿La humanidad? ¿Y si luego resulta que de aquí á diez, á cien, á mil, á un millón de siglos la hu-

manidad ha desaparecido sin dejar rastro alguno de sus ciencias, sus artes, sus industrias, qué me importa eso?

Sí, ya lo sé, soy antipático á muchos de mis lectores y una de las cosas que más antipático me hacen para con ellos es mi agresividad, mi agresividad tal vez morbosa, no lo niego. Pero es, amigo, que esa agresividad va contra mí mismo, que cuando arremeto contra otros es que estoy arremetiendo contra mí mismo, es que vivo en lucha íntima. ¿Qué me imagino que me interpretan mal? ¡Claro está! Como que yo mismo no acierto á interpretarme siempre! Las ideas que de todas partes me vienen están siempre riñendo batallas en mi mente y no logro ponerlas en paz. Y no lo logro porque no lo intento siquiera. Necesito de esas batallas.

Y además yo no busco prestigio entre los estudiosos porque no soy un estudioso, no soy eso que se llama un estudioso. Ni siquiera un culto y eso que me paso predicando la cultura. Pero por cultura entiendo la más intensa vida interior, la de más batalla, la de más inquietud, la de más ansia. Procedo de una raza que algunos dicen está todavía por dentro, en estado salvaje, de una raza de espíritu taciturno y tormentoso, de una raza de la que Salmerón decía que no se ha adaptado aún á la civilización europea. Y yo, por lo que á mí me toca, por la parte de

raza que me corresponda, acepto ese juicio y lo acepto hasta con orgullo.

No, no, amigo: yo no soy un filántropo. Siento demasiado el hambre y la sed de Dios para amar á los hombres al modo filantrópico. Hay que sembrar en los hombres gérmenes de duda, de desconfianza, de inquietud, y hasta de desesperación — ¿por qué no? ¡sí, hasta de desesperación! — y si de este modo pierden eso que llaman felicidad, y que realmente no lo es, nada se ha perdido.

Y sobre todo y ante todo nada de vivir en paz con todo el mundo. ¿Vivir en paz con todo el mundo? ¡Horror, horror, horror! No, no, no: nada de vivir en paz. La paz, la paz espiritual quiero decir, suele ser la mentira y suele ser la modorra. No quiero vivir en paz ni con los demás ni conmigo mismo. Necesito guerra, guerra en mi interior: necesitamos guerra.

La verdad antes que la paz. Tal es mi divisa. Y para mayor brillo la he puesto en latín: veritas primus pax.

Claro está que esta guerra que busco cual sustento de mi vida y de las vidas de los demás es la guerra espiritual, no la guerra á tiros ó á estocadas.

Todo lo demás, todo lo que me digan los seguidores de la cultura de corriente central y de solidaridad disciplinada y de respetos á las lla-

madas conquistas definitivas del espíritu humano, todo eso lo comprendo y hasta si se quiere lo aplaudo; pero no es mi vocación, no es mi sino servir á eso.

Y, sobre todo, amigo, hay una cosa que he odiado toda mi vida y espero morir odiando y es el llegar á ser prisionero de mi público, el que sean mis lectores los que hayan de marcar-me el rumbo que debo seguir. No quiero sacrificar mi independencia, no quiero, sobre todo, hipotecar mi porvenir. ¿Lo entendéis? No quiero hipotecar mi porvenir. Quiero tenerlo abierto, libre.

¿Qué así me enajeno simpatías?... ¡Quién sabe? Lo que no quiero es atravesar por entre la indiferencia pública. Simpatías ó antipatías son acaso lo mismo. La antipatía — y vaya de paradoja — es una forma de simpatía. El que me lee para incomodarse ó disgustarse de lo que digo ó de mi modo de decirlo, es lo mismo que el que me lee para conformar con ello. El combatirle á uno es un modo de animarle y de apoyarle.

Yo he puesto en mis libros calor y vida y por el calor y la vida que en ellos he puesto es por lo que los leéis. He puesto en mis libros pasión. Pasión de odios, de desdén, pasión de desprecio muchas veces, no lo niego: ¿pero es que el calor no viene sino de eso que llaman amor y que de cada cien veces las noventa no es sino

babosidad y blandeguería ó debilidad de espíritu? Y he puesto también en ello amores, mis amores, esos amores que son los que me hacen indignarme, que son los que me hacen tan á menudo áspero, desabrido, desdeñoso. Sí, por amor me hago antipático, por un amor más grande y más puro que el de esa engañosa simpatía que algunos me aconsejan busque.

¡Jamás, jamás, jamás! Queden esos apostolados para otros. Cada cual tiene su sino.

¿Conoces, amigo, el «Brand», de Ibsen, aquel admirable, aquel grandioso Brand? No te parecerá simpático, de seguro, y te explicarás que su pueblo, el pueblo de que era pastor, acabase dejándole solo. ¡V qué soledad!

Y no es presunción de superioridad, no, no lo creas. Si sospechas tal cosa es que no me conoces. No, no es eso. Yo no condeno tu doctrina, yo no estimo malos esos consejos que me das; lo que te digo es que no me sirven. Lo que te digo es que estás equivocado respecto á mí. Y no por falta de inteligencia, no, no, y mil veces no. Estás equivocado, porque partimos de muy distintos puntos de vista, ó mejor, de muy distintos puntos de sentimientos. Tú me parece que eres un optimista, ó por lo menos un hombre que cree que el progreso aliviará las penas humanas; tú hablas con cierta unción de la noble cruzada del pensamiento y de la gran em-

presa de la cultura, y yo creo que lo mejor que esta empresa tiene es hacernos olvidar el que hemos nacido y tenemos que morir. Yo, te lo confieso, tengo un sentimiento trágico de la vida. Te lo aseguro sin petulancia ni pedantería alguna, porque sé que no dudarás de mi lealtad.

Esa acritud que tanto te desagrada en mis escritos, la he acrecido ejercitándola contra mí mismo. Soy la espada y la muela y aguzo la espada en mí mismo. Así es que estoy tan gastado de esgrimirme de espada como de aguzar la espada que esgrimo.

Y si te he de decir la verdad, me duele y me hiere el ver que los hombres marchen tan confiados como si marcharan por suelo firme, confiados en sus prejuicios y antiprejuicios unos de la fe religiosa, esclavos otros de la ciencia, esclavos otros de la ignorancia, esclavos todos. Quiero que duden, quiero que sufran, quiero sobre todo que se desesperen, quiero que sean hombres y no progresistas. La desesperación aunque resignada, es acaso el estado más alto del hombre.

Dios, amigo, no me trajo al mundo como apóstol de paz ni para cosechar simpatías, sino como sembrador de inquietudes y de irritaciones y para soportar la antipatía. Esta, la antipatía, es el precio de mi redención.



SOLILOQUIO

MIRA, Miguel, que parece que tus habituales oyentes habrán de permitirte el que una, alguna vez siquiera — consíguelo ahora y podrás algún día reincidir — hables en voz alta contigo mismo, desahogues tu pecho. ¡Es tan recia esta servidumbre de la publicidad!

Tú lo quisistes; sin duda: tú te metistes á escritor público y has de soportar pacientemente las consecuencias de ese primer acto. Pero ¿es que somos acaso tan libres como creemos ser al dedicarnos á una profesión cualquiera?

Tú apetecees retiro, sosiego y silencio para poder dedicarte á una labor lenta y sólida, lejos del murmullo de la refriega que aturde los oídos y lejos de la polvareda de ella que te enturbia la vista: tú vuelves con amor tu corazón ansioso de soledades á aquellos hombres de pasados tiempos, que fuera del tráfigo mundano y de las disputas y afanes del día que pasa se dedicaban á obras duraderas: tú suspiras por lo clá-

sico, por lo eternamente clásico. Pero el vértigo de la vida te arrastra y te ves envuelto en las arduas disensiones de cuantos te rodean. No puedes vivir entre muertos; tienes que vivir entre los vivos.

Y, sin embargo, mi querido Miguel ¡qué fuente de consolaciones y de arrestos no es el trato con los gloriosos muertos, cuya obra es inmortal! ¡Qué vivificantes efluvios de paz del alma irradian de aquellos espíritus, que como los de Homero, Platón, Virgilio, San Agustín, Shakespeare, Descartes, Spinoza, el Dante, Kant, Goethe y tantos otros, viven entre nosotros su vida más profunda!

Sí, es indudable: ese insano empeño de informarnos de lo que dicen ó repiten los que viven en torno nuestro nos impide seguir el progreso del alma humana á través de sus hijos perennes, de esas columnas erigidas para los siglos. ¿Qué te importa á tí, dime, lo que vocea ese tu vecino? No vayas á hacer como esos que pierden su tiempo y su alma en oír las superficialidades todas de sus contemporáneos y no les queda tiempo para disfrutar del legado permanente de la humanidad. Esta forma de modernidad no hace sino endeblescer á los hombres y á los pueblos. Desconfía, Miguel, de novedades y ten por seguro que nada hay más nuevo como lo que es de siempre; Homero ó Shakespeare son más

modernos que los más de los escritores vivos que hoy pasan por más modernos: aprenderás más en Platón que en el autor del último tomo de la Biblioteca de filosofía contemporánea, que en París publica Alcan, el editor. Moderno viene de moda y tú debes huir de las modas.

Pero es inútil, bien lo sé, es inútil. Bien veo que acaso á tu pesar lo que en torno de tí sueña con voz caliente de vivo se te metió en los oídos. Es lo humano y tú eres y debes ser ante todo un hombre. ¿No te acuerdas lo que dice aquel, tu muerto amigo, aquel maravilloso Coleridge, en su «Biographia literaria?» Tú has querido siempre á Coleridge, tú te acuerdas mucho del retrato que de él hizo aquel otro su amigo y tu amigo Carlyle y te acuerdas también de las líneas de encendida y luminosa poesía que le dedicó Shelley, el poeta, donde decía: «Veréis á Coleridge, el que se está oscuro en el rebotante esplendor y la pura irradiación intensa de un espíritu, que ciego con su propia lumbre interna, se arrastra lánguidamente á través de las tinieblas y de la desesperación, aéreo meteoro ceñido de nubes, encapuchada águila entre buhos avizores». Tú has querido siempre á esta águila del espíritu y hasta has traducido alguna de sus poesías colocándolas entre las tuyas originales, para que las realce. ¿Te acuerdas, Miguel, de lo que este, tu Coleridge, dice

acerca de los contemporáneos? Voy á repetírtelo:

«Las grandes obras de las pasadas edades parecen á un joven cosas de otra raza, respecto á las cuales sus facultades han de permanecer pasivas y sumisas, lo mismo que á las estrellas y las montañas. Pero los escritos de un contemporáneo, acaso no en muchos años mayor que él mismo, rodeado por las mismas circunstancias y disciplinado del mismo modo, poseen para él una realidad y le inspiran una amistad actual, como la de hombre á hombre. Su admiración misma, es el viento que orea y alimenta su esperanza. Los poemas mismos asumen propiedades de carne y sangre. Recitarlos, exaltarlos, pelear por ellos no es sino el pago que se debe á uno que existe para recibirlo.»

Fíjate en este mismo Samuel Taylor Coleridge, cuyas son las palabras citadas, y dime si puede el recuerdo de este hombre que murió muchos años antes de que tú nacieras encenderte como te enciende el recuerdo de uno que vive. Y sin embargo—me diréis,—¡qué dulcemente apacible es la conversación con los que fueron y hoy duermen para siempre en el regazo de la tierra todoparidora?

¿Te acuerdas lo que has leído hace poco en el capítulo II del libro III del «Port-Royal» de Sainte-Beuve? Este amable y fino narrador, uno

también de los que vivieron y son, te dice allí que «se ha notado con un sagaz tino y un gusto que la moral corrobora y dirige, que los escritos al alejarse de nosotros pierden á menudo lo que de actualmente conmovedor y de contagioso tenían en el momento en que aparecieron; que la distancia permite, cuando una parte de genio los ha dictado, que se pueda seguir sus méritos, observar y discernir sus rasgos, sin nada ya de aquella confusión de la vida con la obra, ni de aquella fiebre moral que la vecindad y la producción reciente inoculan.»

Te acordarás, Miguel, que al leer esto te quedaste pensando en esa curiosidad malsana que ronda y asedia á los publicistas de algún renombre, y cómo tú mismo, que al fin eres débil y flaco, no has podido sustraerte á ella, sin lograr separar tu vida de tu obra. Y acaso en esto has pecado.

Tú has soñado en la labor de larga arada para tiempo muy duradero y te ves constreñido á la labor fragmentaria y volandera del periodismo. ¿Te ha de pesar por ello? Nadie sabe, créemelo, cuándo se acierta.

Y fíjate bien de que en el fondo esa obra lenta y recatada de solitario, excluyendo en lo que cabe la colaboración de tu público, es una obra de egoísmo acaso.

La colaboración de tu público, digo. Porque

en la obra de todo publicista colabora su público de una manera más ó menos ostensible, ya con su aplauso, ya con su censura. Yo sé bien lo que en tu labor influyen las cartas de desconocidos lectores que de cuando en cuando recibes, sobre todo de América, y los cuales te dan sugeriones é indicaciones muy valederas, pero además, tú, sin acaso saberlo recibes de rechazo la impresión de tu público, de los que siguen tu labor, y obras conforme á ese rechazo, ya para acomodarte á su sentimiento, ya para resistirlo y tratar de acomodarlo al tuyo. Pues tanto se influye sobre otro provocándole á asentimiento como á disentimiento.

Dicen que muchos de los más grandes dramas, los de Shakespeare entre ellos, se han hecho sobre el tablado del teatro, en colaboración con el público, es decir, modificándolos á cada representación en vista y á la medida del modo de acojerlos el público. Y ¿no crees que las sucesivas obras de un autor fecundo suelen muchas veces no pasar de ser sucesivas ediciones más ó menos alteradas de una sola y misma obra?

Todo autor que escribe mucho se repite mucho, y cuanto más original sea, cuanto más saque de su propio fondo en vez de limitarse á contar lo que oye en derredor, tanto más se repite. Los más grandes genios han sido espíritus

de unas pocas y sencillas ideas expuestas con más vigor y eficacia, pero con más uniformidad y constancia, que los escritores de no más que talento regular. Hombres ha habido cuya importancia ha sido el ser hombres de una idea, ideas encarnadas. En fuerza de vivir una idea sencilla, pero noble y fecunda, han logrado presentárnosla bajo todas sus formas. La variedad, la multiplicidad de puntos de vista acusa casi siempre cierta endeblez espiritual. Y no necesito encarecerte esto, porque sé bien cómo admiras á San Atanasio porque fué el hombre de una idea.

Sí, tus obras mismas, á pesar de su aparente variedad, y que unas sean novelas, otra comentarios, otra ensayos sueltos, otra poesías, no son, si bien te fijas, más que un solo y mismo pensamiento fundamental que va desarrollándose en múltiples formas. Y así, buscando el transmitir ese tu pensamiento central lo vas cifando cada vez más y encontrando nuevas formas de expresarlo, hasta que acaso des un día con la más adecuada, con la precisa. Y créeme que un escritor persiste cuando encontró la forma permanente de una idea cualquiera, cuando acertó á dar á ésta su cuerpo definitivo. ¿Y quién te dice que en esta labor de busca, este escribir escritos volanderos y fragmentarios no es tan útil como otro escudriñamiento? Tú sabes que conversando se estudia muchas veces más que meditando.

¿Te acuerdas, Miguel, á este propósito de lo que te pasó cierta tarde en que ibas de paseo con aquel tu malogrado amigo Vicente, espíritu sagaz y sutil que se fué del mundo en la flor de su vida? Discutías con él como de costumbre, cuando hubo de apretarte con sus arguciosas objeciones y á una pregunta que te hizo respondiste de pronto, y apenas dada la respuesta exclamaste lleno de gozo: ¡qué bien está esto! ¡qué exacto! ¡qué preciso! Y al llamarte la atención sobre eso de que tú te maravillaras de una contestación por tí mismo dada, le dijiste: «Es que es para mí tan nueva como para usted. Yo tenía esta solución sin duda en mi mente, pero la tenía confusa y como velada, sin saber yo mismo que la tuviese, y al hacer esfuerzos para satisfacer á la objeción de usted ha cobrado forma en mí y se me ha revelado. Y vea usted cómo es para mí tan nueva como para usted.»

Y de esto sucede mucho. El pensamiento depende del lenguaje, puesto que con palabras se piensa, y el lenguaje es una cosa social; el lenguaje es conversación. Y el pensamiento mismo es, pues, social. No hay más pensamiento claro que el pensamiento transmisible. Si alguien te dice que ve una cosa muy clara, pero que no sabe transmitirte, puedes contestarle que no puede estar seguro de si la ve clara ó no. Todo el que escribe ha pasado más de una vez por el

trance de comprender lo absurdo ó lo oscuro de un pensamiento propio luego que lo vió en letras de molde.

Convéncete, pues, de que meditas más y mejor escribiendo estas cosas como la que ahora te estás dirigiendo aquí á tí mismo, que no encerrándote en tu cuarto á eso que se llama meditar y no es sino divagar. La necesidad de dar á tu pensamiento expresión transmisible es lo que le ata á proceso vivo y eficaz. Con la pluma en la mano es como mejor se te ocurren las cosas, y es porque entonces no piensas para tí mismo, sino que piensas para los demás. Pensar para sí mismo no es en rigor pensar, es perderse en vagas soñaciones como el que se pasea por los bordes del sopor contemplando las espirales del humo del cigarro. Pensar es pensar para los demás; pensar es una función social.

Habrás oído alguna vez que Pablo de Tarso, el apóstol de los gentiles, se inspiraba con las palabras mismas, que eran éstas las que le suscitaban las ideas, que en sus epístolas se puede seguir este proceso de ideación por asociaciones verbales. Y de Agustín de Hipona, el gran africano, la otra columna miliaria del cristianismo interior entre Pablo y Bernardo y luego Martín Lutero, se ha dicho también que discurría por antítesis, por alteraciones, por retórica, en fin. Y es que uno y otro eran almas ardientes, no de

solitarios contemplativos, sino de luchadores activos.

Te creen un egotista y te acusan de serlo porque con frecuencia te refieres á tí mismo—ahora lo estás haciendo en este soliloquio—y hablas de tí, pero es que ese tú de escritor es algo que es de todos, es que estás en medio de la calle recibiendo las voces de todos y devolviéndolas. Serías no un egotista, sino un egoista miserable, si te encerraras en la torre de marfil, lejos de tus prójimos, á labrar allí día tras día un joyel cualquiera de filigrana. Tú trabajas al aire libre, bajo las miradas de todos y soplando de vez en cuando sobre la pieza de tú labor para limpiar de ella el polvo de la refriega.

Y basta, no hablemos más uno con otro, tu yo íntimo y oculto y el público y manifiesto. ¿Son realmente dos? ¿Eres algo más que un escritor? O mejor, lo que en tí no es el publicista, ¿qué vale?



DIVAGACIONES DE ESTÍO

MEDIADOS de Julio. Hace un calor penosamente soportable. Me parece que este sol es ese que llaman sol de justicia, no sé bien por qué. Verdad es que tampoco sé por qué llaman á tantas cosas como las llaman. Bien, ¿y esto qué importa?

El calor dilata los cuerpos. Esto es un hecho y no una teoría científica y como es un hecho, no cabe ejercitar sobre él la paradoja. ¿Y qué es esto de la paradoja? Una palabra que han inventado los tontos para llamar con ella á todo aquello que oyen por primera vez. Para Adán todo sería paradoja. O más bien no lo sería nada.

Y eso que los tontos llaman paradoja, ¿no cabe acaso ejercitarla sobre los hechos? Dice Meredith—y hago esta cita para que sigan algunos diciendo que soy un hombre que vivo entre libros, un espíritu libresco, cerebral, etc., etcétera—dice Meredith que el dolor no es un misterio sino un simple hecho, y, sin embargo,